

que ahora los ve como parte de una población domesticada, maniobrable y sin ninguna perspectiva de cambio.

Todo ello tiene que ver con los incansables intentos de marginar ese lado tan temido de la juventud, su actitud contestataria y constructora de ofertas identitarias alternativas como parte de procesos de conformación de límites de adscripción, siempre cambiantes, siempre investidas de características propias (VALENZUELA 1997). La capacidad de lo "rebelde", "inconforme" o "marginal" adscritos *per se* a la juventud, ya no tienen cabida en estos nuevos esquemas, y se acusa a esta disidencia ideológica de terquedad ancestral, de soslayar el gran imperativo vital de los nuevos tiempos: el del discurso neoliberal que propone la pasividad como esquema, en un orden de cosas donde el (auto) consumo, en su versión de fin de milenio, simplemente tiende a sustituir a esa posibilidad de imaginación alternativa de la juventud.

Esta ola de derechización que cubre el mundo nos trata de tender, sin recato, la alfombra de la conformidad. Bastaría echar un vistazo a la realidad cotidiana para percatarnos de la necesidad de ejercer nuestro derecho a desechar lo que no sirve y poder aspirar hacia nuevos paisajes mundiales. No es posible que las guerras regionales devenidas en masacres, enmarcadas en el discurso del supuesto Nuevo Orden Internacional, entre otras muchas cosas, sean vistas por el mundo como una fantasía de Nintendo dispuesta a ser la bandera de la proclama unilateral del llamado "fin de la historia". Sin embargo, es esta visión la que se intenta hacer llegar a la generación de fin de milenio.

IV.- LA GENERACIÓN X: APOLOGÍA DEL DESENCANTO

Entre las múltiples formas identitarias de las culturas juveniles que surgen en los noventa, hay quizá una serie de características socioculturales que las emplaza a enfrentar el final de la década con formas de autorepresentación y de exclusión e inclusión con el entorno social que las rodea. En este sentido, la juventud de esta década reinventa su propio juego de supervivencia; algunas de sus culturas juveniles que las conforman son metaidentitarias, es decir aun cuando tienen un origen coyuntural y específico se apropian de diversos lenguajes que sitúan temporal y espacialmente a otras manifestaciones juveniles en otras partes de su territorio y con sus propias especificidades (*Ibid*).

Hay culturas juveniles que se enmarcan en medio de empalagosas ideas de apatía; es esta parte de la juventud actual la que se concibe como una caricatura de sí misma, que esta creyendo que no hay nada por cuestionar o por impulsar. Y en su debate de fin de siglo no logra librar su falta de ocurrencia para demostrarse a sí misma, que puede ser parte de una propuesta sociocultural a gran escala encaminada a promover procesos que abarquen diferentes niveles, ahora que subsiste el pesimismo y la idea de la *no confrontación* con el devenir histórico. Es esta juventud que está siendo reacia a aceptar un estado de cosas que no concuerdan con los ideales históricos de la juventud, aquéllos que vieron la luz en forma masiva en el protagonismo contracultural de los sesenta, y que revitalizó el panorama social, político y cultural alrededor del mundo.

Pero al fin y al cabo la parte juvenil de la década de los noventa a la cual nos referimos, es al mismo tiempo, presa fácil como producto de las inercias, también históricas, de los procesos sociales derivados de la reacción y de la cooptación que han intentado absorber todo su discurso contestatario, haciéndolos volcar en la falsa búsqueda de símbolos e íconos pertenecientes al reino de la complacencia. La repercusión de ese estado de apatía se evidencia en estas nuevas manifestaciones de la juventud, que contienen mensajes tan diversos entre sí y con una gran gama de lenguajes encontrados. Hoy existe una necesidad de reinterpretar a la realidad. Una nueva búsqueda, aún no concluida (en algunos casos ni siquiera intentada), que a la postre habrá de permitir a la juventud pensarse a sí misma como una comunidad extraviada en medio del enjambre existencial de fin de milenio.

Las mencionadas tendencias de la juventud de los noventa referidas, aparte de interesantes y de ser caldo de cultivo para análisis posteriores, representan una parte fundamental en la brújula sociocultural de la juventud actual. Representan búsquedas, se insiste en el conformismo, en la confianza de haber llegado por fin, a la escala tecnológica y material que implique ante todo, seguridad; vida futura asegurada y bienestar según disponen los cánones del más puro capitalismo.

Una manifestación clara de este laberinto de actitudes está enmarcada en una nueva valoración de cierta forma de nihilismo, caracterizado entre otras cosas, por la posibilidad de sentirse ajeno ante los hechos y transformaciones de las décadas anteriores y su inevitable encuentro con los noventa. Es un tipo de autodestrucción pretendido como grito ideológico de una juventud que vive en las inmediaciones del SIDA y las increíbles carnicerías de las nuevas guerras interétnicas.

Este nuevo concepto de nihilismo, indudablemente, contiene grandes dosis de rebeldía. Pero protagonizada de una forma tal, que lo contestatario, el inconformismo, no es contra un sistema social y político en particular, sino contra todos. O ninguno. La idea es que esta forma de desencanto ideológico, en una coyuntura donde el "fin de la historia" intenta amordazar cualquier forma de creatividad lúdica y existencial para transformar esta sociedad de turbulencias, no es fenómeno que se rebele para cambiar. La autodestrucción de los noventa es parte de una negación del futuro, pero no como una protesta contra el estado de cosas, sino como una ruptura con la necesidad real de alcanzar metas y propósitos. En este sentido, esta propuesta pretende cortar de tajo con un mundo que ya no propone nada, y que no se necesita cambiar porque los caminos, aparentemente, están cerrados. No hay, pues, una alternativa de vida ni una propuesta contestataria que retome las actitudes impugnadoras siempre presentes en los jóvenes.

En ello se diferencian claramente de los *punks* de los setenta. A final de esa década en algún barrio proletario de Inglaterra surgió el movimiento *punk* con el lema que sería la bandera de lucha de esos nuevos anarquistas: no hay futuro. Sin embargo, esta consigna no significó un desfogue autodestructivo a ultranza, ni una ideología que amenazaba con perderse a sí misma en sus apasionados excesos, sino que representó un vehículo de protesta eficaz que respondía a las exigencias de la juventud de esa época. Un poco más tarde, estos jóvenes canalizarían su movimiento hacia otros campos de protesta como el pacifismo, ecologismo y hasta algunas formas concretas de lucha política, sin perder nunca su carácter frontal y particular anarquía. En un momento dado fue posible conciliar las diferentes posturas ideológicas con una idea contestataria en común como la de modificar el sistema social (cualquiera que éste fuera)

que en concreto impedía a la juventud y a la sociedad en general desarrollarse en todas sus capacidades. Como ejemplo, cabe mencionar la militancia "contracultural" en el PSD (Partido Socialista Democrático) de Alemania (y de algunas otras partes de Europa), en donde es posible ver a jóvenes *punks* o de cualquier otra afiliación de las tribus juveniles urbanas participando activamente en la dinámica política del partido.

En este sentido, es preciso definir los alcances de las manifestaciones contestatarias de la juventud de los noventa, si es que existen, o bien, si es preciso poder denominarlas contraculturalmente. Al parecer, en esta construcción de nuevos códigos y simbologías en las culturas juveniles existe una parte importante por la que no aparece el lenguaje crítico de una juventud a la que se tome en cuenta por su fuerza o por la contundencia de sus argumentos, como procesos de impugnación a todo lo que va en contra de la colectividad. Existe sí, entre una parte activa de los jóvenes contemporáneos, un desinterés casi total por la participación, y sobre todo, por su inclusión como protagonista de la realidad actual; este sentimiento juvenil, el de sentirse ajeno a todos los pronósticos de la coyuntura actual, en realidad no impugna nada y el conjunto de sus espacios y lenguajes en común no trasciende más allá de su reproducción cotidiana permitida por el orden establecido. La juventud está dispuesta a consentirse en su automarginación y exentarse de todas las decisiones que le atañen; se sosiega en el mullido colchón de la apatía y de su escaso o nulo margen de acción como movimiento sociocultural contestatario. De ahí que las características de los nuevos íconos de la rebeldía noventera, sean usados como un producto mercantil de estos nuevos tiempos cibernéticos.

A los más exquisitos rebeldes, ecológicos o simuladores del apocalipsis, se les graba en videos costosos para explotar su contestatarismo a través de las pantallas de MTV. La muerte de Kurt Cobain en los nacientes noventa, exhibe no la desesperación vivencial de un Morrison, ni la locura extrema de un Sid Vicious, sino tal vez el vacío de la precocidad, el aburrimiento de la fama o la vida sin arquitectura propia...(Kurt) Cobain no fue una víctima de la sociedad sino de sí mismo. (ROURA 1996).

Al parecer, los nuevos gritos de los jóvenes de los noventa que se ahogan en el marasmo existencial de sus propios aburrimientos, de su nula participación social, se pueden enmarcar en una nueva denominación sociológica: la Generación X, la juventud convertida en entes urbanos apolíticos, cargados de recursos tecnologizados para asistir como personajes selectos y complacientes a lo más sofisticado de la "civilización cibernética" de esta nueva década. La Generación X es un concepto que:

...alude a jóvenes desenganchados de la búsqueda de ascenso social, estatus y anhelo de hacer dinero; son jóvenes adheridos a un ambiente de desencanto y retorno a la búsqueda individual, que ni siquiera cuestiona la credibilidad de sus metarrelatos anteriores con sus llamados a la participación colectiva y a la construcción de empresas utópicas, pues simplemente las ignora. (VALENZUELA *Op Cit*: 17).

La Generación X es una juventud que niega su connotación ideológica aunque por demás la tenga. Según la definición del sociólogo José Manuel Valenzuela, a la Generación X podría adjudicársele una de las expresiones contraculturales "puras" en un final de siglo que se antoja como consumista a ultranza: su aversión a las formas mercantiles de obtención de dinero que los hace "escapistas de la sociedad de consumo" y los etiqueta como

los detractores inmediatos de la fantasía del llamado "fin de la historia". Por eso su gusto por los trabajos mal pagados y de menos categorías (*Mcjobs*), por eso las ropas de uso y roídas que emulan el uniforme obrero de la cotidianidad.

Pero al mismo tiempo y como producto de la dinámica de ese consumismo que decididamente niegan son usados como productos mercantilista de moda. El problema no radica en este ciertamente nada nuevo mecanismo de contención, sino en que la Generación X desde su nacimiento ha sido absorbida, enmarcada con etiqueta de "vendible" y desde luego como potencial producto desechable al acabar prontamente su demanda de expresión. Uno más de los otros que se lanzan al mercado de manera sistemática como objetos reciclables del intercambio mercantil neoliberal de hoy día.

Al negarse una postura político-ideológica, la Generación X sucumbe fácilmente ante el imperio de la mercadotecnia mundial. Así, mientras se desenvuelven en discursos contrarios a las "generaciones juveniles" anteriores, es decir, las de los sesenta y setenta, en donde los X arremeten contra el supuesto "bienestar" alcanzado por aquéllas, mismo que ahora les es negado, su docilidad y falta de sentido crítico en su postura los hace un sector manipulable e inerme ante los embates de la apropiación mercadotécnica-comercial venidos de los factores externos tan característicos del consumismo que tanto intentan desechar. Además, al enfocar sus reproches sobre los hechos conseguidos por movimientos anteriores, pierden de vista a los verdaderos responsables de la negra perspectiva de fin de milenio, es decir, a la siempre identificable "intelligentzia" mundial que ha hecho posible el caos general de la actualidad. Ese apoliticismo hace a los miembros de la Generación X "raros pero inofensivos"¹:

...también denota un ausencia de posicionamiento crítico frente a su historia y su realidad social y, muchas veces, sirve de alivio para la irresponsabilidad. (*Ibid* :18).

En esta nula posición política niegan cualquier posibilidad de cambio. Mantienen culto al finalismo y al nihilismo como, quizá, la única vía para darle sentido y cabida a la existencia en los sombríos límites del fin de década y de milenio. También son postodo: posmodernos y posideologías; viven al día y niegan cualquier etiqueta, protestan de todo y nada aunque nunca abiertamente, y mantienen un cinismo que los mantiene a flote ante cualquier cuestionamiento exterior. No obstante, son demasiado vulnerables ante los mecanismos que los sustraen de su hábitat natural: la automarginación. Contrario a los *hippies* de lo sesenta, para quienes la marginación en sí misma fue una ideología de impugnación contra el mundo creado por las generaciones de adultos que los precedieron, la X no se preocupa por cuestionar nada. Simplemente se auto-abandona: "Frente a la imagen de prosperidad y el mundo sexuado que les precedió, la Generación X recibió tan sólo una resaca amarga de crisis y sufrimiento." (*Ibid*:20).

Esta parte de las culturas juveniles de los noventa es fuertemente individualista, contrario a las experiencias comunitarias de los sesenta. Además, según su propia perspectiva, ya no encuentran los motivos para pelear; más bien su abandono es un desgano contemplativo, que sin esfuerzo los saca de la dinámica social que no comparten ni quieren modificar.

¹ Esta es una frase que fue usada por un comercial de la televisión mexicana, y en donde primero se muestran a jóvenes de los ochenta, para después compararlos, en usos y costumbres, a la generación de los noventa. Estos son estafalarios, locuaces y estridentes. La frase completa el sentido de su inutilidad como personajes críticamente activos.

La generación X no se refiere a un movimiento creativo, sino que es un reciclamiento de una imagen y una serie de fenómenos que tenían lugar en la contracultura para empacarlos en forma de mercancía... Los miembros de la X (...) se han querido caracterizar por su cinismo, su desencanto, su actitud desprejuiciada aparte de su destreza para comprender y apropiarse de la cultura de los media y la electrónica (...) Se han presentado como antagónicos a la generación pragmática y conservadora de la Baby Boomers (etiqueta adjudicada a ese grupo poco definido que actualmente se encuentra en el poder político y económico de medio planeta y que son los nacidos entre finales de los 40 y la segunda mitad de los 50). (YEHYA 1995:29-30).

Por otro lado, la falta de fuerzas de la Generación X para poder siquiera enarbolar una bandera de lucha social, se podría interpretar como un ajuste de cuentas ante una realidad que no los ha dejado actuar y que les ha robado los motivos para enfrentar su realidad histórica. Esta realidad lo único que les ofrece es el SIDA ante la libertad sexual de los sesenta; multiplicidad de guerras regionales ahora sofocadas ante el incontenible avance de los *mass media*, contra el Vietnam de antaño; el recurso de supervivencia con trabajos y salarios de miseria, frente el tener la posibilidad de subsistir fuera del sistema laboral e integrarse a una comuna, por ejemplo; el futuro promisorio de un cambio cualitativo de las sociedades, por el pesimismo posmoderno de fin de siglo.

“Es la peor generación jamás surgida en la cultura norteamericana”, dice Breat Easton Ellis. “Douglas (Coupland) quiso hacerse portavoz de una generación. Lo encuentro inútil: los jóvenes no leen” (citado en HEREDIA 1995:19). Para la juventud X lo “intelectual” o la denominada “cultura” es un desecho; el libro forma parte ya de un culto que raya en los límites de una “sapiencia” audaz concebida como pasatiempo que, como cualquier droga,

debería ser usado dependiendo de las expectativas personales. La “cultura” en general, y el libro en lo particular, son estigmatizados y etiquetados como portavoces de un conocimiento que aparte de inaccesible, carece de importancia. La Generación X rehuye lo “intelectual” pero al mismo tiempo consagra gran parte de su individualismo en el “autoencierro” respecto a la lectura de algunos autores literarios, o bien, de *comics* y la televisión. Estos elementos son de hecho portavoces exclusivos de las personalidades individuales y ocultas de la juventud X.

La Generación X no se interesa por enterarse del mundo porque éste ya está muerto y decadente. No lee ni debate porque ya no hay nada por cambiar. Su contacto con el mundo se presenta en los *comics* y las computadoras, como universos tan distantes y tan cercanos al mismo tiempo e interlocutores de sus propios deseos y fantasías. Enemigos del consumismo, hacen uso de él para lograr las formas de su (auto) marginación. De esta forma, son amantes irredentos de la televisión y los monitores de computadora, en donde son expertos navegadores del Internet y sofisticados jugadores de Nintendo. Quizá hacen uso exclusivo de estos aparatos porque no se necesita de comunicación verbal y se respeta la soledad y elucubración del individuo. Además la individualidad se requiere de la comodidad casera ya que en ello no se necesita de cuestionamientos y relaciones exteriores que impliquen compromiso. Al mismo tiempo, es tal vez el único espacio para recrear la fantasía personal ante los embates del mundo externo. “Una generación a la que se le expropió la idea de progreso y se resignó a que el discurso del éxito no les correspondía, por ello (Vicente) Verdú los considera jóvenes infantiles, inocentes, demoletores, que no crecieron como rebeldes sino como residuos (...) Son jóvenes que se niegan trabajar 80 horas a la semana para comprar sus BMW (...) (tienen) el desinterés

generacional por la revolución, trabajar por comida o reparar el mal que les heredaron (...) Muchos de ellos son existencialistas que no se enamoran ni se preocupan por el hambre en el mundo, ni padecen optimismos patológicos. Hijos del divorcio, concebidos bajo el efecto de una droga legal o ilegal (...) que rabian por las estupideces de la tele o la frivolidad de los *yuppies*, incapaces de leer un libro completo (...) y para quienes la prueba del SIDA es rito generacional.” (VALENZUELA *Op Cit*: 20 y 23).

A la Generación X también le gusta el rock. Pero su única antena de conexión con éste es a partir de “los medios de comunicación legitimados que ahora rechazan”. A ellos les tocan los roqueros convertidos ahora en megaestrellas del espectáculo, con toda la carga de frivolidad y glamour que conllevan. Y les agrada. Para los X los motivos de lucha por la que el rock se sostuvo en los sesenta ha desaparecido (*Ibid*); las luchas sociales en las que se involucró el rock de antaño o son cosas que ya no valen la pena pensarlas, o bien están resueltas del todo, evidenciando su falta de compromiso con éstas y en el peor de los casos, su ignorancia y desconocimiento de los hechos del mundo, el suyo propio.

Para ellos el rock no se asocia con la rebelión, no tienen la guerra de Vietnam, no tienen por qué luchar contra las instituciones religiosas, los códigos del vestir, contra el patriarcado. Consideran resueltos los grandes motivos de las luchas anteriores, por la igualdad racial y de género, la libertad sexual, la lucha por el respeto y la dignidad humana. Creen que son reconocidos e indisputados los derechos civiles, ambientalistas y los movimientos de las mujeres. Sin embargo, ni aún con la mejor de las intenciones, se puede considerar que estos aspectos se encuentren lejanamente resueltos, como lo demuestra la literatura feminista y los estudios de género, el renacimiento de organizaciones y posiciones heterofóbicas, xenofóbicas y racistas, la fuerza de los

discursos belicosos y la prevalencia de la guerra o la agresión a los países débiles (Granada, Panamá, Irak). (*Ibid* :19).

El rock de los sesenta lo perciben como una referencia única de sus héroes individuales. Así, Jimi Hendrix, David Bowie, Erick Clapton son personajes míticos concebidos como iconos en el santuario X. Sin embargo, en conjunto, la generación *hippie* es aborrecida y no es brújula contracultural de nada. De acuerdo a su posición siempre ambigua, los X reniegan de los *hippies* pero refrendan algunas cosas de la década sesentera, como el uso de drogas y el rock. Ahora los héroes “reales” son los protagonistas de la parafarnelia de los *media*, MTV es el canal televisivo predilecto porque conlleva toda la escenografía X de los noventa: discursos que desde lo visual invitan a no pensar, mucho menos cuestionar nada, rodeados de las propuestas musicales emanadas del *Grunge*, *Post-Punk*, *Industrial* y demás sellos, siempre coloridos, siempre estridentes, del rock contemporáneo.

En suma, la Generación X engloba una serie de características importantes de la juventud emergente de los noventa. De éstas podemos inferir tres: nihilismo, individualismo y apatía.

Estos tres conceptos están enlazados estrechamente pero desde la perspectiva de las culturas juveniles ninguno representa un trasfondo contracultural. En efecto, forman parte de un espectro sociocultural (y psicológico) de desencanto entre la juventud de los noventa no obstante que su emergencia como protagonistas de cambio no se define. Son, asimismo, características juveniles que los colocan en la dinámica del consumo cultural en el que ya es válido la adopción de iconos y símbolos, que aunque se mantienen como de impugnación histórica, actualmente ya no se refrenda este valor y quienes lo detentan lo adquieren como un elemento más del

paisaje del consumo personal y colectivo de la década. De esta manera, un joven puede considerarse “rebelde” un día, aunque el otro sea el más conservador de todos. El individualismo y la apatía van de la mano del comportamiento híbrido y oscilante de la juventud actual ya que aunados al desencanto de la generación le es más cómodo situarse al margen de cualquier actividad que implique una toma de postura, contrario a las manifestaciones juveniles que le antecedieron.

No obstante esta reflexión, a la Generación x le ha tocado una coyuntura histórica *sui generis*, en el que algunos de los logros de las luchas anteriores se han materializado, aunque en otros aún no aparecen y en más de los casos carecen de sentido. Por ejemplo, la revolución sexual de los sesenta tiene hoy día un aparente sentido de permisibilidad. Aunque no lo suficiente, hay más comunicación en relación al sexo; sin embargo y justamente cuando pudo haber empezado un debate de cambio cualitativo a nivel mundial al respecto, sobrevino el problema del SIDA que sin duda ha marcado determinadamente a esta generación.

La Guerra del Pérsico se hizo célebre en los anales de la historia. Pero no por ser una confrontación bélica “épica” o que refrendó algún postulado libertario de la humanidad (como por ejemplo, la guerra contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial), sino por ser una batalla de los medios de comunicación masiva en la que presentaron el choque militar como una espectacular película de acción en donde los hechos se desarrollaron como en un videojuego. ¿Cómo mantener la lucha de la contracultura juvenil si hasta en la guerra se quita el sentido de la impresión por la muerte? Todo esto es parte de esta generación. Es su legado, por el cual tendrán que subsistir en el tiempo que viene.

V.- EL IMAGINARIO JUVENIL MEXICANO DE LOS NOVENTA

En México el calificativo x es adoptado igualmente por la clase media pero en gran medida por la clase alta o la juventud “fresa” (BACARLETT 1997). Esta característica tiene sentido si se piensa en la concepción de ruptura de la Generación x ante el estado de bienestar de las familias pudientes, como en los Estados Unidos. Sin embargo aquí se duda de la autenticidad de tal quebrantamiento y sobre todo de las formas de marginación total que, en un momento dado, los x debieran adoptar. En una entrevista, Carles Feixa (*Ibid*) expone que la postura de esta parte de la juventud no difiere a la de sus padres, la generación del 68, sino que la actual no es probablemente “tan hipócrita”. Ellos han renunciado de antemano a su posible bienestar y estatus, sin que les cause remordimiento social e ideológico alguno, contrario a los sesenteros que aún se debaten en su “integridad” política cuando algunos tienen sueldos y puestos que justamente criticaron hace más o menos treinta años.

En México es muy difícil ubicar a la Generación x. Son realmente pocos los que se han deslindado concientemente de la dinámica de consumo, rol y estatus de la sociedad actual, los que tienen subempleos (*McJobs*) con sueldos de supervivencia, y que imaginen el fin de siglo desde la indiferencia y el desgano. En cambio abundan los jóvenes que desde los *media* recurren a los estereotipos de la moda y la aculturación roquera para sentirse parte de una corriente que permea la Generación x. Este proceso, al contrario de los *hippies*, se supone muerto como movimiento ya que desde sus orígenes fue